

sión de ambiguas fuerzas que libraban batalla en su corazón y en su cerebro; sintió la lucha entre su sangre y su pensamiento, como aquellos Lafayette y Chateaubriand, cuya juventud se templó en la propia América, que los atraía con su prestigio de libertad. Y Mirabeau, al cantar la oración fúnebre de Franklin, le proclama superior a la especie humana; recuerda su doble ministerio al servicio de «la filosofía y la libertad», su doble dominio sobre el rayo y sobre los tiranos. Jamás esa palabra *tiranos* sonó con más resonancia de anatema histórico. El sonido de aquella campana de exequias era también un rebato de alarma y guerra; y huía, en lontananza, un séquito de sombras malditas.

Aquel Parlamento unicameral, consagrando la fuerte unidad del poder legislativo, reflejaba una de las influencias del pensamiento revolucionario de Franklin, proclamada en 1789 por el duque de la Rochefoucauld, miembro del Comité de Constitución. Pero acaso la integridad del pensamiento republicano, la armonía entre la libertad de las agrupaciones y la cohesión total, imagen de la futura integración humana, tal como quiso infundirla Franklin en su fórmula federativa, *Estados Unidos*, había que buscarla en la generosa, aunque frágil, concepción girondina.

Franklin aplicó esa fórmula federal a una concordia de diferentes núcleos políticos en el seno de un mismo conglomerado nacional, como antes los helvéticos y los holandeses la habían aplicado a la convivencia de diversos

grupos nacionales en una superior unidad política.

La obra de Franklin es el manantial de dos ríos caudalosos: el de la libertad política y el de la libertad nacional. Francia, maestra directa de la nueva Europa, fué fecundada por la primera corriente, y luego recibieron ese bautismo todas las naciones que penosamente iban emancipándose de su dura tradición. La segunda corriente actuó sobre América como un agua lustral de iniciación, y desde Bolívar a José Martí, la vigorosa estirpe de libertadores no se interrumpe. Mas también Europa debió a aquella corriente otras impulsiones mixtas de libertad política y nacional, singularmente la que rehizo a Italia.

¿Presenciamos hoy la divergencia definitiva de ambos ríos? En los albores de la nueva Revolución, anticipada por la guerra, y de la Sociedad de Naciones, promovida por la propia América que guarda la herencia de Benjamín Franklin, ¿serán dos energías adversas destinadas a combatirse, el principio de las nacionalidades, que pone una nueva pululación de pueblos sobre los cadáveres cesáreos de Austria y Rusia, y el principio de la emancipación del cuarto estado, que, desde las estepas moscovitas, lanza un reflejo ambiguo de hoguera y de luz?

GABRIEL ALOMAR

(*El Imparcial*, Madrid, 17 de noviembre de 1919).

(Envío de B. Sanín Cano. Londres).

EL CAMINO

EN el extremo del valle, en un rincón feliz en donde las mañanas parecen muchachas campesinas coronadas de verbenas y llenas de vida, y el anochecer es como el suspiro de un niño que después de escuchar el pos-trer cuento de hadas siente en la frente la dulce caricia del sueño, hay una aldea de casitas de techos oscuros y paredes blanquecinas. Apañadas como están, semejan una banda de golondrinas en actitud de emprender el migratorio vuelo camino de la eterna busca del halago solar. Hay una ermita de ventanales azules, y tras de la ermita va pasando un peregrino que lleva sobrepelliz bordado de blanco, y que canta, que canta: un río. Con rumbo al Levante y en sentido ascendente otro peregrino, de humilde sayal, se diría que va al encuentro del sol que nace: un camino.

Visto desde el puente, el camino es una larga cinta gualda tendida en los fragmentos de los flancos de la colina,

es un vuelo hacia lo alto escalonado a largas treguas.

¿A dónde, hacia qué lejano confín conduce esta ruta? ¿Hacia una aurora, hacia un crepúsculo, hacia el dolor?... Ah!, bien sencillo me habría sido conocer todo esto desde tiempo ha. Nada más simple: me habría bastado con cargar la pipa, tomar el sombrero y el viejo bastón y hacer una señal a mi perro.

Debo confesar que en más de una ocasión he tomado todas esas providencias, pero luego de caminar algún trecho aspirando con ansia no colmada el aroma de las flores silvestres, he desistido de mi designio, me he vuelto a la aldea. Prefiero el encanto de este misterio que gravita en mi fantasía como un mundo desconocido y lleno de ensueño, y me conformo con el extraño placer de contemplar desde el puente las sinuosidades de esa cinta amarilla que se pierde y surge, se oculta y revive, y luego desaparece ya por siempre.

Esta mañana cuando amanecía, un carro rústico se encontraba estacionado frente a la ermita; un toldo blanco lo cubría a modo de firmamento, y una gran yunta de bueyes, en cuyas pupilas como en remansos de meditación flotaban flores de melancolía, tiraban del carro.

Bajo aquel toldo blanco iba el amor en forma de una boda de jóvenes campesinos.

En la mitad del puente, apoyado en la balaustra, permanecí algún tiempo con la vista vagando a lo largo de la cinta interpolada tendida en los flancos de la colina, y sus fragmentos me parecieron por momentos blancos, azules, coloreados de rosa o iridescentes.

El carro había tomado por aquel derrotero perfumado y ya no se percibía otra cosa que el ruido de las ruedas alejándose indefinidamente.

RUBÉN COTO

GARCÍA-MONGE Y CÍA.
EDITORES
SAN JOSÉ DE COSTA RICA, C. A.
APARTADO DE CORREOS 533

Ediciones Sarmiento
CUADERNOS PUBLICADOS

A 50 ctms. (20 ctvs. oro am.) cada tomito

- 1.—Juan Maragall: *Elogio de la palabra*.
- 2.—Clarín: *Cuentos*.
- 3 y 4.—José Martí: *Versos*.
- 5.—José Enrique Rodó: *Lecturas*.
- 6.—Enrique José Varona: *Lecturas*.
- 7.—Herodoto: *Narraciones*.
- 8.—Almafuerte: *El Misionero*.
- 9.—Ernesto Renán: *Emma Kosilia*.
- 10.—Jacinto Benavente: *El príncipe que todo lo aprendió en los libros*.
- 11.—Silverio Lanza: *Cuentos*.
- 12.—Carlos Guido y Spano: *Poesías*.
- 13.—Andrés Gide: *Oscar Wilde*.
- 14.—R. Arévalo Martínez: *El hombre que parecía un caballo*.
- 15 y 16.—Rubén Darío en Costa Rica.

El Convivio

25 tomitos publicados

A 50 ctms. (20 ctvs. oro am.)

- Roberto Brenes Mesén: *Voces del Angelus* (Versos).
- Roberto Brenes Mesén: *Pastorales y Jacintos* (Versos).
- Manuel Díaz-Rodríguez: *Cuatro Sermones Litúrgicos*.
- Pedro Henríquez Ureña: *Antología de la Verificación Rítmica*.
- Alberto Gerchunoff: *Nuestro Señor Don Quijote*.
- Julio Herrera y Reissig: *Ciles Alucinada* y otras poesías.
- Giacomo Leopardi: *Parini o De la Gloria* (Tratado).
- Leopoldo Lugones: *Rubén Darío* (Perfil).
- Federico de Onís: *Disciplina y Rebelión* (Conferencia).
- Eugenio D'Ors: *Aprendizaje y Heroísmo* (Conferencia).
- Eugenio D'Ors: *De la amistad y del diálogo*.
- Santiago Pérez: *Artículos y Discursos*.
- Ernesto Renán: *Páginas escogidas I*.
- Alfonso Reyes: *Visión de Anáhuac*. (Ensayo)
- José Enrique Rodó: *Cuentos Filosóficos*.
- Marqués de Santillana: *Serranillas y Cantares*.
- Rabindranath Tagore: *Ejemplos*.
- Julio Torri: *Ensayos y Fantasías*.
- Juan Valera: *Parsones y otros cuentos*.
- Enrique José Varona: *Emerson* (Perfil).
- » » *Con el estabón* (Pensamientos).
- Enrique José Varona: *Con el estabón* (Segunda Parte).
- Carlos Vaz Ferreira: *Reacciones y otros artículos*.
- Antonio de Villegas: *El Abencerraje* (Novelita).

A 75 céntimos.

José María Chacón y Calvo: *Hermanito menor*.

A € 1-25

Longfellow: *Evangelina*.